

El dolor de la masacre



¿Será fuente de sabiduría?

Las vidas humanas más allá de los conflictos

El 11 de septiembre Estados Unidos fue víctima del atentado más sangriento perpetrado en la historia. Su magnitud es tal que ha sido calificado como acto de guerra.

Nuestra primera reacción es el dolor por las víctimas y la condenación sin ningún atenuante y con todos los agravantes a los victimarios. Desde este sentimiento primariamente humano nuestra condena se extiende a todo tipo de terrorismo y de guerra.

Matar a una persona nunca se justifica, siempre es un mal, aunque en caso de legítima defensa y para salvar vidas inocentes, sea un mal menor. Pero a estas alturas de la historia, la maldad y la irracionalidad de los atentados y las guerras deberían aparecer tan evidentes, que la presión de la opinión pública tendría que hacerlos completamente inviables, en el caso de que hubiera líderes que estuvieran pensando en acudir a esos medios.

La vida humana es absoluta. Ningún interés económico, político, cultural, étnico o religioso vale más que una vida. La vida humana es intangible. No puede ser usada como medio para conseguir ningún otro fin. Ella es el único fin absoluto. Esto no puede reducirse a una mera declaración de principios. Tiene que ser el contenido prioritario que inculque la familia y promueva la educación. Debe ser el primer compromiso de los Estados, el pacto que presida todos los desarrollos de la sociedad civil y el horizonte en que se desenvuelvan los medios de comunicación, el sustento básico de la ley, y más aún, la inspiración que consagren todas las religiones. Por encima de todo, debe ser el límite infranqueable que se ponga cada individuo, porque la vida, la de cada uno y la de los demás, se nos da para que la vivamos humanamente, no para que dispongamos de ella como si fuéramos sus dueños absolutos.

Todos somos vulnerables y nos necesitamos

La novedad insólita de este acto monstruoso de guerra es que es la primera vez que Estados Unidos es atacado en su continente. De ahí el estupor, el abatimiento, la impresión de inseguridad, la humillación, el enfado, la ira contenida, la determinación de que caiga sobre los autores todo el peso de la justicia.

Estados Unidos, la mayor potencia económica, política y militar, estaba acostumbrado a intervenir en otros conflictos, bien porque estaban en juego sus intereses, bien para asentar a la vez sus principios y su hegemonía en el mundo. Es cierto que la guerra de Corea acabó en un empate y armisticio, y la de Vietnam en una derrota humillante. Pero a partir del desplome de la URSS y el avance de la tecnología militar, se había llegado a la impresión de una superioridad absoluta. Por eso la guerra del Golfo y la de los Balcanes habían sido llamadas eufemísticamente guerras limpias, es decir, en las que uno de los combatientes puede dar batallas sin arriesgar a sus soldados y quedando sus instalaciones fuera del alcance de los enemigos.

Sin embargo, este ataque mostró una tecnología impecable. Habiendo sido planificado durante mucho tiempo, tuvieron que intervenir muchas personas infiltradas en el corazón del imperio y actuaron sin control. Y no eran objetivos secundarios pues lograron vulnerar, es decir, destruir espectacularmente los símbolos del imperio: el corazón financiero y el cerebro militar.

En el momento en que USA emprendía una política orgullosamente aislacionista y unilateral, un enemigo sin rostro le golpea en el mismo corazón. La superpotencia que minimizó a los organismos internacionales porque ya no eran expresión de su voluntad, sufrió una agresión como

la que sus ciudadanos estaban acostumbrados a ver cómodamente sentados frente a sus pantallas de televisión porque siempre acontecían en lugares remotos.

Estamos en una aldea global. Todos nos necesitamos. Ha llegado la hora de que la humanidad como tal y sus legítimos representantes, tomen en sus manos conjuntas lo que le concierne como conjunto. Somos un conjunto de conjuntos. Es triste que sea la desgracia la que nos tenga que enseñar que tenemos un destino común. Revitalizar proyectos antimisilísticos, sofisticar la industria de armamentos y volver al esquema de disuasión de la guerra fría además de obsoletos, no es el camino correcto. La solución no es salvarse aislándose de los demás. El dolor es camino de sabiduría, si nos dejamos enseñar por él.

Dos caminos: violencia y despotismo o cooperación y vida

Este hecho luctuoso tiene tal magnitud que va a cambiar muchas cosas. USA ya no será lo que era. Pero puede ser mejor. Nosotros desde Venezuela, como seres humanos solidarios y como americanos, es lo que anhelamos; y ligados como estamos a su suerte es lo que nos conviene. Porque hay dos caminos posibles y tras ambos se encuentran fuerzas sociales que los impulsan, tanto en USA, como en el resto del mundo desarrollado.

El primero es acabar con el terrorismo mediante el uso de una presión policial y militar que lo haga imposible. Es acabar el terrorismo con la fuerza; casi estamos tentados a decir con el terrorismo de Estado, porque a la larga equivale a un sometimiento despótico del tercer mundo por parte del mundo desarrollado. Pero como el tercer mundo está también en el seno del primero, la lógica llevaría a acabar con la democracia, ya que se abriría un foso entre los ciudadanos occidentales, que constituimos

el nosotros que es el sujeto de derechos, y los otros, que aunque están con nosotros, están siempre bajo sospecha porque no son como los occidentales. Hasta ahora es el camino que se quiere evitar y por ello los líderes insisten en no estigmatizar a ningún pueblo, ni cultura, ni religión, sino concentrarse en encontrar y castigar a los culpables con el peso de la ley. Sin embargo, no han hecho lo mismo los medios de comunicación que están empeñados en satanizar pueblos y religiones predisponiendo reacciones que sólo conducen al despenadero.

No será posible acabar con el terrorismo sin la acción policial, mucho más cualificada y coordinada que la actual, sustentada en la tecnología y la agudeza humana. Pero tampoco será posible acabar con él empleando sólo la fuerza. El terrorismo es una reacción inhumana y equivocada a una situación en la que se dan diferencias que no son mutuamente reconocidas, situaciones en que en vez de la palabra tendida como puente ha prevalecido el confinamiento en identidades estancas y desde ellas el fomento del prejuicio, el recelo, la ofensa, el resentimiento y el odio. Y por lo que se refiere al tercer mundo, que es lo que ahora nos interesa porque constituye el fondo de esta situación, situaciones de injusticia, de exclusión, de desprecio, incluso de demonización.

Si las situaciones no fueran en sí explosivas, el detonante del terrorismo sería pronto desactivado. Por eso no basta con la acción policial. Es imprescindible desactivar estas situaciones explosivas. Y eso sólo puede hacerse potenciando con toda decisión los bienes culturales de que se gloria tanto USA, como Europa: Hacer de la democracia no sólo un carnaval electorero, sino una verdadera cultura en todos los ámbitos de la vida, de modo que las diferencias de intereses se procesen en negociaciones y las diferencias de concepción del mun-

do no den pie para la discriminación, sino para la libertad, la tolerancia y la complementación. Fundar la democracia en el respeto positivo, es decir, en el fomento de los derechos humanos y no, como sucede hoy que el derecho a la libertad económica se erige como absoluto y vacía de contenido a los demás, que son más primordiales que él; sabiendo, como insistimos al comienzo, que el primer derecho es el derecho a la vida.

Sería la mundialización policéntrica que esperamos como superación de la globalización actual, estructuralmente violenta y generadora de violencia. Todos los demócratas y humanistas del mundo estamos interesados en que triunfe este camino y debemos hacer lo imposible, aunando nuestras fuerzas, porque así sea. Dios quiere que saquemos bien del mal. Él ayude a las autoridades de USA, a su pueblo y a sus aliados, entre los que nos encontramos, para que así sea.

Editorial